

# ***Sal de sangres en sangre.***

**Alicia Kozameh**

reseñado por

*Laura R. Loustau*

Chapman University

Kozameh, Alicia. *Sal de sangres en sangre*. Córdoba, Argentina: Alción Editora, 2021. 201pp. ISBN 978-987-646-943-2.

La obra más reciente de la escritora argentina Alicia Kozameh es una colección de cinco textos que comenzó a escribir en 2017 y que ha titulado, *Sal de sangres en guerra*, *Sal de sangres en declive*, *Sal de sangres en pánico*, *Sal de sangres en incendio* y el último volumen, que nos ocupa en esta reseña, *Sal de sangres en sangre*. Kozameh escribe un extenso poema el cual incorpora una serie de voces que narran y poetizan sobre los recuerdos de la autora durante sus años en la ciudad de Rosario, transitando la desgarradora pérdida de su hermana y de su tío, Eduardo P. Kozameh, quien fuera asesinado por la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) en septiembre de 1974. El texto está organizado en una especie de contrapunteo entre las memorias de la autora y las voces del tío que intervienen en diferentes momentos para aludir a su profesión de doctor, a su militancia y solidaridad con los jóvenes activistas rosarinos así como a sus experiencias diarias con la familia y sus pacientes. A nivel general los temas que atraviesan el texto comprenden el dolor de la pérdida, los fragmentos de la memoria, la supervivencia, la agonía de la escritura, así como el pasado que urge ser contado y plasmado.

El epígrafe que abre el texto "...déjame que te diga la gloria / del ensueño que evoca la memoria...", una legendaria canción de la cantautora peruana Chabuca Granda, anticipa irónicamente el placer doloroso de contar los recuerdos. La voz poética teoriza sobre el pesar físico y mental que le provoca la escritura: "Me estrangulan, alguien me / estrangula, / alguien / me aprieta la yugular como / si jugara a matarme...Mi demolido cerebro. Mi aniquilado / hilo de pensamiento.../ El galope de las letras destrozándose unas contra / otras" (22–23). Lo que atraviesa el texto es contar la pena que se siente por lo que no pudo ser, por lo que no sobrevivió, por lo que ya no está: "¿A dónde estamos yendo todos, tantos? ¿A dónde / se va mi tío en un féretro llevado a pulso por su / hermano, su familia, sus discípulos, sus / colegas, sus amigos?" (198). La voz personal e intimista de la autora revela su propio pesar y el de los que admiraron y amaron a su tío. Esto se atestigua

con el llanto del primo Alberto que llega desde Córdoba y que desconsolado “hunde la cara / en mi falda llorando como un chico” (196). El recuerdo del llanto y la desesperación del primo Alberto gatilla en la memoria de la autora la preocupación de este y de otros por el peligro que corrían aquellos que continuaban militando: “¿A dónde llegamos todos, tantos, a depositar / el féretro de mi tío adentro y pesado de / balas y de los restos de la sal de toda su sangre?” (198). En este libro, el dolor por la pérdida del tío Eduardo conlleva un pesar que la autora arrastró por años y que ahora logra finalmente manifestarlo en este poema. A diferencia de los otros textos de la colección, *Sal de sangres en sangre* alude a un dolor íntimo, profundo y existencial tanto por la pérdida como por el acto mismo de articular el pasado. Se percibe una especie de duelo que permaneció sostenido en el tiempo y que ahora se libera es las páginas de este poema.

En el texto la imaginaria que recorre el dolor se manifiesta a través de la naturaleza. La subjetividad lírica de la poeta se observa en las constantes alusiones sensoriales asociadas con el medio ambiente. La primera imagen del viento “que es / espada y plomo y daga y es / agujas...” (9) crea un marco escénico en el que la voz poética, vulnerable y desprotegida, es atacada por el viento que la “obliga a hacer[se] cargo de que est[á] pálida / y rígida y desnuda”. (9) La desprotección inicial no es permanente en la poesía de Kozameh, pues es precisamente el desafío que le presenta el poder escribir y recordar lo que le da ímpetu para mantenerse en pie, pese a su aparente fragilidad: “No hay / colmillo que desbarate / el mundo rojo y oro, oro y azul de la / esclava, ahora liberada memoria” (18). Los recuerdos están ahora presentes y son visibles a los ojos de la poeta y del tío asesinado a quien, a través del diálogo, Kozameh le proporciona una voz: “Esas hojas que brotan y / crecen y mueren en las ramas ocultas de mi / árbol personal no han sido tocadas por los / juegos del viento ni por sus furias ni por sus / explícitos rencores”. (43) Personificando la imagen del árbol, la poeta se refiere al pensamiento y accionar del tío Eduardo, los que se manifiestan con un tono omnipresente de valentía y sabiduría.

El contrapunteo dialógico entre el tío y la poeta sirve para reconstruir otras memorias dolorosas, tal como el día que muere la hermana de la autora: “¿No va a vivir? ¿No podés / salvarla? Contestame. ¿No podés / salvarla como otras veces? Tío, ¿esta vez / no vas a poder salvarla?...” (73) Intencionalmente la parte del poema donde la poeta habla con el tío se indica en letra itálica mientras que las respuestas del tío aparecen en letra de molde: “No. No. No hay nada que / sea posible hacer. Ni yo, podría. Ni nadie” (74). Esta distinción gráfica hace que el lector no solo lea sino que escuche las voces intercaladas de los protagonistas, especialmente aquellas que experimentan la ausencia: “*Me pregunté cuánto faltaría / para que bajara el sol. El día me / molestaba en los hombros. En la / cintura. Me arañaba / los ojos. El día me complicaba la claridad mental y la / inocencia necesarias para comprender / el paso por este mundo / y por su diversidad de perversiones*”. (76). La incompreensión de los hechos trágicos que experimentó Kozameh en su Rosario natal la mantiene en una suerte de desazón constante, de vilo sostenido. Muy bien lo ha expresado la escritora en una reciente entrevista: “Una cosa es el dolor profundo por tantas muertes de compañeros, algo de lo que es imposible escaparse y que morirá conmigo, y otra... es el golpe certero en un punto central de mi equilibrio” (Enrique Foffani, Página 12, 2021).

*Sal de sangres en sangre* transporta a lectores y voces poéticas presentes en el texto a recuerdos del pasado a través de un lirismo de ensueño, de fantasía, tal como lo anticipó

el epígrafe. Antes de llegar al final del poema, la poeta observa: “Nos entregamos a las / pequeñas huidas como si fuéramos una / fruta madura, distraída. Le clavamos / la mirada al vuelo de un pájaro / sin nunca abandonarlo y sin / tampoco abandonar el propio vuelo, / turbulento, inestable, profano” (179). Así el peso del pasado y el lirismo poético del presente se entrelazan en una creación necesaria y sanadora que alivia pero que no borra las huellas de lo sufrido.